

VALIOSÍSIMO Y ADMIRABLE DOCUMENTO, PROFUNDO Y DESCARNADO SENTIR HUMANO Y SOBRENATURAL. NO DEJEN DE MEDITAR A QUIÉN VA DIRIGIDO, ADÓNDE Y EN QUÉ MOMENTO.

CARTA A UNA CONDENADA A LA CÁMARA DE GAS

El hermano Bernardo contesta a una carta de Bárbara Graham, a la prisión de San Quintín, California.

Bárbara Graham mujer joven y de vida licenciosa fue acusada de complicidad en asesinato. Ella no lo reconoció, pero fue condenada a la cámara de gas y ejecutada. En la prisión, a través de las revistas conoció a los hermanos Fossores y, ante la muerte, les escribió, y el hermano Bernardo le envía la siguiente y amplia contestación.

Recordamos que de este proceso se ha filmado la película "QUIERO VIVIR", por la que su principal actriz Susan Hayward obtuvo un "Óscar".

Muy amada hermana en Jesucristo.

Con gran sentimiento hemos leído su carta y creemos que desde ese momento no podemos olvidar su situación que lamentamos en el alma y que la coloca a un paso de la eternidad, a un paso de la gloria.

Le hablaré a Vd. como católica, por si un caso mi carta lleva un poco de luz a su alma, iluminándola.

Para el católico no hay problemas sin solución en la tierra, todos los acontecimientos de esta vida no son nada ante las hermosas realidades del más allá, y con la muerte se solucionan todos. Desdoblándose con bellas esperanzas para la inmortalidad.

Su caso es lamentable, lo reconocemos. Dice que le imputan una muerte. Si desgraciadamente es cierto, las leyes humanas establecen penas y hay que acatarlas; si es Vd. inocente, tanto mejor para su alma, será Vd. una víctima del error de los hombres o de la mísera condición humana y se cumplirá en Vd. aquella sentencia de Jesucristo:

"Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia".

Pero el Señor la quiere, sea de una manera o de otra, culpable o inocente. Aunque sea Vd. culpable, me atrevo a decir, que por eso la quiere aún más, precisamente por ese amor que se derrama de sus atributos divinos hacia sus criaturas. ¿No ve Vd. el médico como ama a sus enfermos por más repugnantes y asquerosos que los vea y precisamente se gloria de ellos cuando los ve salvos? Pues en el orden espiritual, ocurre otro tanto. Dios ama al pecador con amor inmenso y no quiere más, que él ame a su Dios, se duela de su culpa profundamente y todo está saldado. Y no aleguemos decir que así se abre la puerta a todos los crímenes imaginables, si después de pedir a Dios perdón, todo se

perdona, no. El pecado proviene del corazón, donde se fragua el delito, y éste es el verdadero autor del crimen, aunque sea la mano la que ejecuta la acción criminal. Por eso cuando un alma se arrepiente de corazón de su pecado, por más enorme que haya sido, ese pecado queda borrado para siempre. Así nos lo enseña la fe que profesamos. El buen ladrón, San Dimas, se dolió de sus crímenes al lado de la cruz de Cristo, y de ladrón y malo que era, se hizo santo en un momento, entrando en el cielo con Cristo. Gestas, el mal ladrón, compañero de Dimas, falto de ese dolor, se condenó irremisiblemente para siempre, por no aceptar la cruz. ¿Comprende Vd. esta doctrina?...

Es difícil comprenderlo a la naturaleza y a una naturaleza joven en la plenitud de la vida, frente a la muerte, pero no imposible. Usted vislumbra el porvenir de su hijito pequeño, huérfano; la muerte misma tan contraria a nuestra naturaleza, por ese instinto de conservación que Dios ha puesto en cada uno de nosotros. La vida tiene sus alegrías, ¿por qué no? Y ante ese negro panorama que se le presenta tan amenazador, se resiste a admitirlo. Pobre alma, si Vd. puede hallar paz para su espíritu, porque el Dios de los cristianos es de esa condición, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva; pero esa muerte de que nos habla la Sagrada Escritura, es la muerte eterna, la muerte del alma, el infierno eterno; y esa vida, la vida de la gracia, la vida del cielo. Qué importa como decía Cristo a su apóstoles, que os quiten la vida del cuerpo, si de ahí no pueden pasar. Temed al que os puede quitar y mandar el alma al infierno. Esto es lo que hay que temer. La muerte es una puerta para la vida eterna. He leído ejemplos de condenados a muerte, que murieron con una serenidad admirable, porque estaban en paz con Dios después de su pecado. Los hombres pueden quitarnos la vida, pero no pueden quitarnos a Dios de nuestro corazón, por más que lo intenten, pueden matar el cuerpo, pero jamás podrán dañar al alma. Los hombres somos como muñecos de entretenimiento, fichas de ajedrez puestas en el tablero de este mundo, y el Divino Jugador, las va moviendo como quiere y cuando quiere. Anula a unas, mata a otras, pero al fin vuelven todas a las manos del Autor.

Así pasa en la vida de los hombres -todo es una representación- Dios reparte los papeles, a cada cual le da el suyo, permitiendo a veces errores en la misma escena de la vida, que hay que subsanar como sea, hasta llegar al fin. Piense todas estas cosas ante su crucifijo, que es el único que no abandona nunca, en los momentos del mayor dolor. Los hombres pasan y se olvidan de uno, pero Cristo, no.

Estoy hablando en el caso de que sea Vd. culpable. Aun en ese caso no hay por qué desalentarse, sino tirarse a las plantas de Cristo con el corazón partido de dolor y de amor

y decirle: Señor, en un momento de locura hice esto, pero tu sabes la causa, eres mi Creador y me formaste de la nada para Ti, y yo no puedo vivir lejos de Ti, porque Tú eres mi centro; Señor, tened piedad de mí.

En el caso de que sea Vd. inocente le diré al oído muy bajo: Es Vd., si quiere, la mujer más feliz del mundo, es Vd., bienaventurada, y el reino de los cielos es suyo y con toda seguridad, la felicidad está ya dentro de su alma y se encuentra a un paso de Dios, o mejor dicho, dentro del mismo corazón de Dios, y es Vd. digna de envidiar. Los mártires eran felices en padecer por Cristo la muerte. Es cierto que sentían todo el horror que la carne siente al dolor y a la muerte, pero para ellos brillaba la luz potente de la fe a cuyos resplandores se iluminaban las negruras de sus tinieblas de dolor.

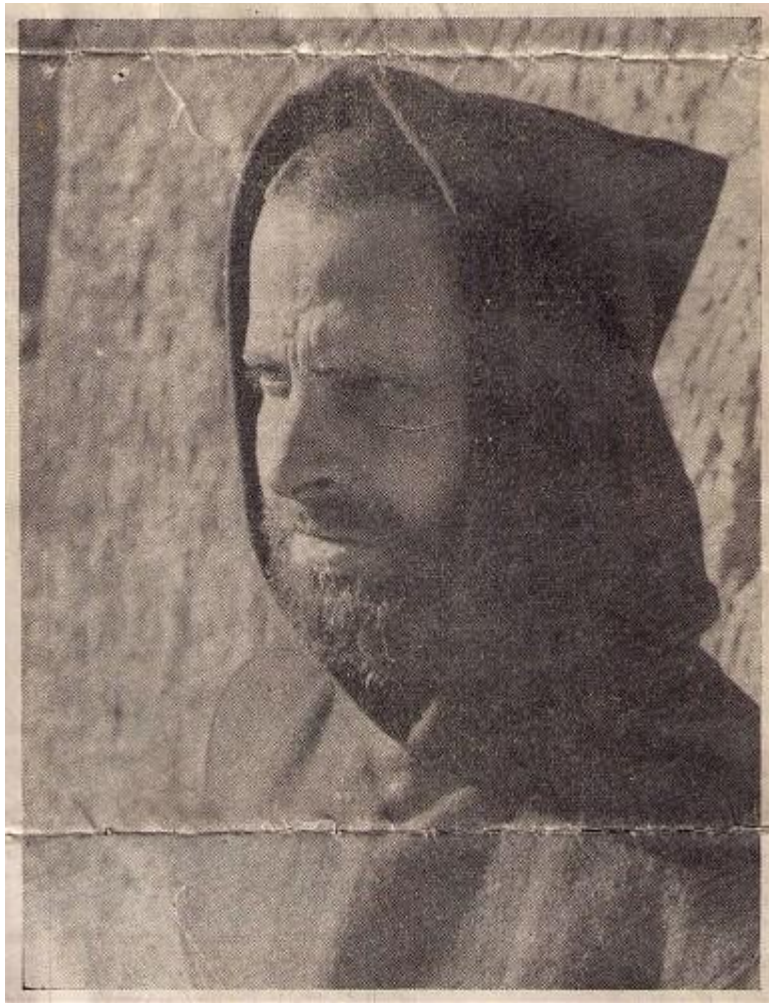
Comprendo que la situación de Vd. es terrible y que en ella se está jugando el alma para toda la eternidad. Lo que sea después de su muerte, eso será para siempre por los siglos infinitos, sin fin. Piénselo bien. Todo depende de los grados de fe que Vd. tenga en esta situación que la vida le ha planteado a Vd. y hay que hacer de la necesidad virtud, en muchas ocasiones, escogiendo el mal menor ante uno que es irremediable. Cómo quisiera yo infundirle en su corazón estas pobres ideas mías, para la salvación de su alma, en esos momentos trágicos de su vida.

En la vida de los hombres, el Señor se ha valido de cualquier contratiempo, cualquier mal, para hacerles un bien inmenso. Y la muerte misma no crea Vd. que es para Dios su última palabra y que no tenga misericordia suficiente para lavar, a aquel que la cometa. Muchas veces, con la muerte de una persona, en la mente de Dios se realizan transformaciones maravillosas para con las almas, evitándoles un infierno eterno, que de otra manera tal vez no podría evitar, y Dios se vale de un acontecimiento inesperado para que esas almas vuelvan en sí, se conviertan a Él, y vivan eternamente.

Vd. claro está, contempla toda su tragedia, desde el punto de vista personal. Y le confieso con pena, que debe ser terrible. Es Vd. que lucha consigo misma, la materia y el espíritu, por esa lucha atroz por conquistar su alma. La razón le dice que no debe morir, porque es Vd. joven, deja un niño huérfano y siente todas las aspiraciones legítimas que una mujer joven puede sentir lógicamente. El espíritu, en cambio, pensamientos de paz, de abandono en las manos de Dios, de esperanza en su misericordia, de olvido de la tierra, de esperanza del cielo.

Y todo esto en tropel confuso, sin entregas ni descanso para su pobre alma. Acometida por todas estas ideas tan contrarias. Fíjese lo que valdrá su alma, que fue necesaria la muerte de Cristo para poderla salvar. Y qué de extrañar es que por su alma luchen esas dos fuerzas opuestas del

espíritu bueno, que susurra palabras de perdón, de consuelo, de resignación cristiana y de confianza en Dios...



Si Vd. se pone a bien con Dios de verdad, o ya lo está, encontrará en su amor una dulzura sobre todas las dulzuras de la tierra: una suavidad que sobrepasa a todas las suavidades imaginables, una paz comparable a la de los bienaventurados que ya gozan de la Gloria. Acéptelo todo como venido de la mano de Dios que le quiere salvar. Confíe en Dios y dígame con toda confianza: Aunque me maten confiaré en Él. Si Vd. consigue vivir estas ideas de esperanza, confianza en Dios Amor, no le podrán dañar todos los poderes de la tierra, ni todos los hombres juntos. Matarán su cuerpo, pero por encima de la materia estará su alma, hermosa, inmortal. La vida es un sueño y lo que interesa es salvar el alma, que es el único negocio importante. Por eso estamos nosotros aquí, en el cementerio, por salvar nuestra alma y por hacer bien a todos los hombres, mediante el cumplimiento de la Séptima Obra de Misericordia, corporal y espiritual. Morir no es otra cosa que dejar de padecer y el Señor le quiere hacer a

Vd. esa gracia especialísima, de que vaya pronto, de un salto, a gozar de su presencia. Solo falta que Vd. acepte voluntariamente esa gracia que se le ofrece y se entregue de lleno a vivir el amor de Dios, olvidando por completo a la tierra y las criaturas.

Créame que Vd. tiene a Dios de su parte, aunque el mundo esté contra Vd. y tiene también a su ángel de la guarda que espera de Vd. que acepte la muerte para ceñirle purpúrea corona de inmortalidad en la gloria.

Después de todo el Señor le hace la gracia especialísima de que sepa Vd. el día y la hora de su muerte; gracia que no es común a todos los mortales por sus secretos juicios. De esta manera, para Vd. conseguir el cielo es facilísimo. Le hablo a la luz de la fe y bajo los rayos de esa luz, es como Vd. debe ver su vida, ser feliz e iluminada hasta que amanezca la luz de la eternidad. Nosotros en el cementerio somos felices, porque vivimos de la fe, y sin esta virtud teologal no podría soportar semejante vida de austeridad.

Jesucristo, también murió condenado a muerte por los hombres. Dios así lo permitió porque convenía al género humano. Podía habernos redimido de otra manera, menos costosa, y sin embargo escoge ésta, que por ser más ignominiosa resultó más meritoria y gloriosa.

No podemos dejar de compadecernos de Vd. y de su pobre familia, con una compasión humana, pero ante las circunstancias de la vida, que se imponen en este caso, hemos de decir: El Señor así lo quiere, hemos de quererlo también nosotros, hágase su Santísima Voluntad. Si Vd. con su muerte, merecida o inmerecida, según las leyes, logra salvar su alma, ha conseguido el mayor triunfo de su vida, el único necesario, que todos hemos de conseguir para poder ser felices en la eternidad.

Nosotros quisiéramos saber, si esto es posible, el día de su muerte, para impetrar del Señor misericordia para su alma, y elevar sufragios por ella desde este cementerio español de Guadix.

Como católicos, unidos por la caridad de Cristo, nos sentimos hermanos de todos los pueblos, sean de la raza que sean. Para nuestro espíritu no hay fronteras, y cruzamos los espacios infinitos para ponernos al lado de nuestros hermanos que padecen en lejanas tierras, sintiendo sus dolores como nuestros y participando de sus alegrías como si fueran propias.

Vivimos en el cementerio de cara a la muerte, y ante esos problemas de tanta trascendencia para el hombre, sentimos motivos suficientes para entregarnos a la meditación de las verdades eternas. Aquí se termina toda la soberbia humana. Y lo único que verdaderamente consuela en este sagrado lugar, lo único que llena el corazón de alegría, lo único que dulcifica la muerte, es la buena conciencia, es haber servido al Señor, haber llorado nuestros pecados y haber

amado a Dios. Este gozo sobrepuja a todos los gozos de la tierra, y por eso la muerte para muchos santos, ha sido apetecida. Todo el negocio de esta vida, le vuelvo a repetir, está en morir en paz con Dios. Los hombres, pueden equivocarse; Dios nunca se equivoca y juzga rectamente. Si Vd. está bien con Dios, ya pueden venir mil muertes sobre Vd. que a ninguna temerá porque será omnipotente, con la omnipotencia de Dios.

Tomás Moro, el glorioso Canciller de Inglaterra, iba camino del cadalso. Para librarse de él, no tenía que hacer mucho, solo condescender con una orden ilícita de su Rey. Sus hijas se lo pedían llorando, porque les esperaba la miseria. Pudo vivir 30 años más, es cierto, pero ¿que son 30 años comparados con la eternidad y con las penas del infierno, si soy infiel a mi fe?... Y muere gloriosamente. Su caso, comprendo es de otro orden distinto. Si es Vd. culpable, el remedio será difícil, y si es inocente y muere, el Señor, como Juez Supremo dará después a cada uno su merecido. De una u otra forma hay un remedio eficaz y seguro: enamorarse de Dios, no tener más pensamiento que del cielo, olvidar la tierra como un lugar de miserias y aspirar a la dicha de la gloria por toda la eternidad. Mire su crucifijo, contemple a ese divino modelo de dolor, despedazado por nuestros pecados y escuche su voz desde la Cruz: Padre, perdónalos que no saben lo que se hacen.

Excusa nuestros pecados y muchas veces sabemos nosotros que no tenemos excusa en nuestras acciones, pero Dios quiere tanto a sus criaturas, que la excusa por la que quiere salvarlas a toda costa y aunque los pecados del hombre sean tan grandes como el mundo es grande, el Señor los coge y los consume y los olvida con el fuego de su amor, como el océano consume una gota de agua que en él se echa. Dios no quiere de nosotros nada más que nuestro amor, con esto le basta.

Recuerdo a Vd. la palabra de que hace mención el Evangelio de Septuagésima, referente a los trabajadores de la viña. Unos fueron al salir el sol, otros al medio día y otros al caer de la tarde. Y el Señor a todos les pagó igual: Un denario. A Vd. quiere el señor pagarle con el reino de los cielos en la última hora, y espera como le decía antes, que Vd. acepte esa su divina voluntad, para darle el galardón eterno.

Animado del mayor deseo de ayudarla espiritualmente, le he escrito esta carta, tal vez un poco pesada, dando rienda suelta a los impulsos de mi corazón. Eso y no otro me ha hecho ponerle estas líneas a fin de consolar su dolor en este último caminar por la vida, que tan dura se muestra con Vd.

Encomiéndese mucho a la Santísima Virgen, que ella lo puede todo. Es nuestra Abogada, nuestra Madre y Protectora y es toda Misericordia para con sus hijos. Si a ella se

encomienda, tenga por seguro que el cielo es suyo, donde nos veremos al fin para cantar eternamente las Misericordias de Dios.

Un ruego final y con ello ya termino: Los hermanos Fossores de la Misericordia, esperan de Vd. y de toda esa prisión una oración especial por su obra. Si los hombres os castigan y os condenan, Dios os perdona y os ama sobre todas las cosas. Le he escrito en español, para poderle expresar mejor mis ideas; sentiría mucho que no encontrara Vd. quien le traduzca esta mi pobre carta.

Confiado en el Señor, que nos ama con amor infinito, se despiden de Vd. con todo cariño, rogándole pase nuestros recuerdos a toda esa prisión, afectísimos hermanos en Cristo y María.

Los hermanos Fossores de la Misericordia.

Publicado en la revista "AMANECER" de la parroquia del Sagrado Corazón de Jesús de la Estación de Guadix en el número de enero-febrero de 1960.

[Volver a la página de Guadix](#)